

10 – Mundial

Posted on *January 01,1970* by *Néstor Martínez*



Cuando el Mundial de Fútbol comience en México, Canadá y Estados Unidos, el planeta volverá a detenerse durante unas semanas para contemplar un espectáculo que ninguna otra actividad humana, salvo quizás algunas celebraciones culturales o religiosas universales, consigue igualar en alcance emocional. Miles de millones de personas seguirán partidos, analizarán tácticas, discutirán alineaciones, celebrarán goles y sufrirán derrotas como si el resultado afectara directamente el curso de sus propias vidas. Y, de alguna manera, sí lo hace. Desde la mirada de **México**, este Mundial representa una reafirmación histórica. Es el país que vuelve a recibir el torneo por tercera vez y que conoce como pocos la relación entre identidad nacional y fútbol. Para muchos mexicanos, el Mundial es una oportunidad de mostrar hospitalidad, pasión y una cultura que siempre encuentra maneras de celebrar incluso en medio de las dificultades. Hay orgullo, expectativa y también responsabilidad. Desde **Canadá**, la perspectiva es diferente. El fútbol ha crecido enormemente en las últimas décadas, pero aún convive con otros deportes dominantes. Para los canadienses, el torneo simboliza integración, diversidad y una participación más visible en una conversación global de la que antes observaban más que protagonizaban. Es una oportunidad para demostrar que el fútbol ya no pertenece solamente a ciertas geografías tradicionales. Desde los **Estados Unidos**, el Mundial aparece como una mezcla de negocio, espectáculo y competencia. Allí, donde el deporte profesional suele ser una industria gigantesca, el torneo será también una prueba de cómo el fútbol continúa ganando terreno en un mercado deportivo extremadamente competitivo. Habrá estadios impresionantes, tecnología avanzada y una organización diseñada para recibir multitudes sin precedentes. Aunque, -hay que decirlo- sus habitantes en gran mayoría, ni siquiera están enterados de la realización de esta competencia.

Cada uno de estos países observa el mismo evento desde una ventana distinta. Sin embargo, todos participan de una realidad común: el Mundial es una celebración extraordinaria y, al mismo tiempo, un enorme despliegue de recursos, dinero, logística, marketing y consumo. Por eso algunos lo describen como **un gran circo moderno y costoso**. Y no están completamente equivocados. Hay algo circense en la manera en que las cámaras siguen cada gesto, en cómo un jugador puede convertirse en héroe universal por una noche y en villano una semana después. Hay algo circense en los contratos multimillonarios, en los patrocinios, en las ceremonias, en las campañas publicitarias y en la maquinaria económica que gira alrededor de noventa minutos de juego. Pero sería un error quedarse solamente con esa lectura. Porque el circo existe desde hace siglos precisamente porque las personas necesitan asombro. Los césares lo incentivaban porque era una forma eficaz de mantener distraída y entretenida a la gente. El Mundial no es únicamente una industria. También es una narración colectiva. Es uno de los pocos espacios donde un niño de una aldea remota, un empresario de una gran ciudad y una familia reunida frente a un televisor comparten simultáneamente la misma emoción. En una época fragmentada por algoritmos, intereses y burbujas digitales, eso ya es algo extraordinario. El fútbol posee una virtud que pocos fenómenos conservan: simplifica la realidad sin volverla superficial. Las reglas son simples. Hay una pelota. Dos arcos. Un tiempo limitado. Y un objetivo. La vida, aunque mucho más compleja, comparte ciertos principios parecidos. Todos tenemos un tiempo de juego. Todos enfrentamos adversarios, algunos externos y otros internos. Todos atravesamos momentos de ataque y momentos de defensa. Todos conocemos la alegría de una victoria inesperada y el sabor amargo de un resultado injusto. Quizás por eso el Mundial atrae tanto. No se observan solamente a veintidós jugadores. Se observa a nuestras propias vidas, representadas en una versión condensada de la experiencia humana. Un equipo puede dominar durante ochenta y nueve minutos y perder en el noventa. Otro puede sufrir todo el partido y encontrar una oportunidad decisiva. ¿Cuántas veces sucede algo parecido fuera de la cancha? **La perseverancia rara vez aparece en los titulares, pero suele definir los resultados más importantes**. El Mundial también expone una paradoja fascinante. Mientras el planeta celebra la competencia, los equipos exitosos son precisamente aquellos que mejor cooperan. La estrella más brillante no puede ganar sola. El goleador depende del pase. El pase depende de la recuperación. La recuperación depende de la cobertura. La cobertura depende del sacrificio de alguien que probablemente jamás aparezca en la portada de un diario. En un mundo que premia constantemente la visibilidad, el fútbol sigue recordando **el valor de las contribuciones invisibles**. No es casualidad que muchos campeones hayan tenido grandes figuras, pero casi todos hayan tenido excelentes equipos. La vida cotidiana funciona de manera parecida. Detrás de cada logro visible existen personas que sostienen procesos silenciosos. Familias. Compañeros. Amigos. Mentores. Trabajadores anónimos. El Mundial permite contemplar esa realidad en alta definición. También revela nuestra tendencia a exagerar. Un gol puede parecer el acontecimiento más importante del universo. Una derrota puede sentirse como una tragedia nacional. Sin embargo, pocas semanas después, la vida continúa. Los jugadores regresan a sus clubes. Los aficionados vuelven a sus trabajos. Las conversaciones cambian de tema. El mundo sigue girando. Esa temporalidad contiene una enseñanza elegante. **Las victorias son valiosas, pero no eternas. Las derrotas duelen, pero tampoco son eternas**. Conviene disfrutar unas y aprender de las otras. Nada más. Nada menos. Existe además un aspecto profundamente humano en la diversidad que reúne un Mundial. Personas que hablan distintos idiomas celebran exactamente el mismo gol. Individuos con historias incompatibles comparten una tribuna. Países que apenas se conocen mutuamente descubren afinidades inesperadas. El torneo no elimina las diferencias. Las hace convivir. Y eso tiene un enorme valor. En la vida diaria solemos relacionarnos con quienes piensan parecido. El Mundial rompe parcialmente esa comodidad. Nos recuerda que la condición humana es más amplia que nuestras preferencias particulares. Desde una mirada profunda sobre nuestra identidad como seres humanos, existe algo especialmente interesante en la forma en que el fútbol distribuye dignidad. La pelota no pregunta origen social. No consulta cuentas bancarias. No revisa apellidos. Una vez que rueda, exige talento, disciplina, creatividad y trabajo. Por supuesto, las desigualdades siguen existiendo. Pero el juego conserva una dimensión meritocrática que explica gran parte de su atractivo universal. Cualquiera puede soñar. Y, de vez en cuando, alguien convierte ese sueño en realidad. Las sorpresas mundialistas son tan celebradas porque contradicen la lógica del poder permanente. Nos recuerdan que los gigantes pueden caer. Y que los pequeños pueden

crecer. Quizás uno de los aspectos más saludables del torneo sea precisamente ese: **mantener viva la posibilidad de lo inesperado**. Porque **una sociedad sin esperanza termina jugando únicamente para empatar**. Sin embargo, tampoco conviene idealizar el espectáculo. El Mundial moviliza inversiones enormes. Genera ganancias inmensas. Produce debates legítimos sobre prioridades económicas, infraestructura, sostenibilidad y distribución de recursos. Es razonable preguntarse cuánto cuesta. Es razonable analizar quién gana. Es razonable discutir quién paga. Las preguntas críticas forman parte de una ciudadanía madura. Pero incluso esas discusiones revelan algo interesante: el fútbol importa porque las personas importan. Nadie debatiría tanto sobre un acontecimiento irrelevante. El tamaño de las controversias suele reflejar el tamaño de la influencia. Mientras tanto, dentro de la cancha ocurre algo mucho más simple. Un jugador controla un balón. Levanta la cabeza. Busca un compañero. Decide. Ejecuta. Falla o acierta. Y vuelve a empezar. Quizás allí reside una de las metáforas más útiles para la vida cotidiana. No controlamos todo el partido. Controlamos la siguiente jugada. No decidimos el clima. No elegimos el arbitraje. No manejamos todas las circunstancias. Pero sí podemos elegir cómo responder. Los mejores equipos comprenden esta verdad. No desperdician energía protestando cada situación adversa. Se reorganizan. Se adaptan. Compiten. Hay una sabiduría práctica en esa actitud. El Mundial también nos enfrenta a una pregunta silenciosa: ¿Qué hacemos con la fama? Cada torneo fabrica nuevas celebridades. Algunas gestionan bien esa exposición. Otras no. La atención masiva funciona como un reflector. No crea el carácter. **Lo revela**. Algo similar sucede fuera del deporte. El éxito amplifica lo que ya existe. Por eso los triunfos verdaderamente admirables suelen combinar excelencia y humildad. No porque la humildad sea una estrategia de imagen, sino porque permite mantener perspectiva. Después de todo, incluso el campeón termina regresando al vestuario. Y ese detalle resulta profundamente liberador. Ningún resultado define completamente a una persona. Ni para bien ni para mal.

Al final, cuando México aporte su pasión, Canadá su diversidad y Estados Unidos su capacidad organizativa, el Mundial ofrecerá mucho más que una competencia deportiva. Será un espejo. Un espejo gigantesco. Veremos en él nuestras ambiciones, nuestras rivalidades, nuestros entusiasmos y nuestras contradicciones. Celebraremos gestas improbables. Criticaremos excesos evidentes. Nos reiremos de pronósticos equivocados. Inventaremos teorías tácticas imposibles. Y durante unas semanas compartiremos una conversación común con personas que jamás conoceremos. Tal vez esa sea la verdadera magia del torneo. No los estadios. No los contratos. No las ceremonias. Sino la capacidad de recordarnos que formamos parte de una misma humanidad jugando partidos distintos sobre una cancha compartida. Cuando el árbitro dé el pitazo inicial, comenzará una competencia por una copa. Pero también comenzará una oportunidad para observar cómo vivimos, cómo cooperamos, cómo competimos y cómo enfrentamos la incertidumbre. Porque, en el fondo, todos tenemos un Mundial personal en desarrollo. Todos defendemos algo valioso. Todos perseguimos algún objetivo. Todos cometemos errores no forzados. Todos desperdiciamos ocasiones claras. Todos celebramos goles inesperados. Y todos, tarde o temprano, escuchamos el silbato que indica el final de una etapa y el comienzo de otra. La cuestión no es solamente quién levanta el trofeo. La cuestión es cómo jugamos el partido que nos toca. Y esa, como saben los mejores equipos, es una pregunta que se responde una jugada a la vez. Todo esto, desde una imparcialidad, (La objetividad humana no existe), casi periodística genuina. En lo real y visible, el mundial atrae aplausos y críticas, casi con similar pasión. Están los que ven la posibilidad de hacer grandes negocios en torno a esto y están los que no pueden evitar comparar todo este grosero movimiento de millones de dólares con la carencia total lindando con la hambruna de muchos pueblos del planeta. ¿Y nosotros? ¿Sólo sentados mirando todo eso por televisión o moviendo algo para llevar presencia de Reino a un sitio aparentemente inadecuado? **Disfrutar de eventos deportivos no es pecado, es verdad, pero convertirlos en centros de idolatría mundana sí lo es**. ¿Cuándo será el tiempo en que gente de Reino se atreva a llevar Su Palabra a todos esos millones entremezclados en el entretenimiento? ¿Cuándo esa levadura leudará esa masa? Y no estoy hablando de folletos, gente vociferando capítulos y versículos o invitando a iglesias zonales. Estoy hablando de hombres y mujeres capaces de mostrar una forma de vida distinta a la de la mayoría que asiste a estos espectáculos. **Promover Reino no es promover religión, es mostrar estilos de vida que produzcan asombro e impacto**. Eso, eso también será Mundial. Será lo único que diga sobre este evento, cualquiera sea su

resultado. He sido enviado a otra cosa que tú ya sabes, pero tampoco soy ciego como para negar realidades visibles.

Posted in: Blog, Sin Categoría | | With 0 comments
